



TERES.

Dib. -TERES.—Madrid.

- Bebes demasiado whisky, querido Pocholo.
—¡Ay, Tolete! Lo hago para consolarme de haber roto con Lolín.
—¿Y cuándo dejarás de beber?
—Soy inconsolable.

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN (PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS		EXTRANJERO	
Trimestre (15 números).....	5,20 pesetas	UNIÓN POSTAL	
Semestre (26 —).....	10,40 —	Trimestre.....	9 pesetas
Año (52 —).....	20 —	Semestre.....	16 —
		Año.....	52 —
PORTUGAL, AMÉRICA Y FILIPINAS		ARGENTINA (Buenos Aires)	
Trimestre (15 números).....	6,20 pesetas	Agencia exclusiva; MANZANERA, Independencia, 856	
Semestre (26 —).....	12,40 —	Semestre.....	\$ 6,50
Año (52 —).....	24 —	Año.....	\$ 12
		Número suelto.....	25 centavos

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Plaza del Ángel, 5.—MADRID
APARTADO 12.142

LA PAQUITA

NUEVA FÁBRICA DE PAPEL CONTINUO
DE

BALBINO CERRADA

41, ANTONIO LOPEZ, 41

TELÉFONO 23-33 M.

(A CINCO MINUTOS DEL PUENTE DE TOLEDO)

————— MADRID —————

SE FABRICA TODA CLASE DE PAPELES DE EDICIÓN, SATINADOS FINOS,
DIBUJOS, ESCRIBIR, ETC.

ALMACÉN: Plaza del Matute, 6. Teléfono 50-05 M

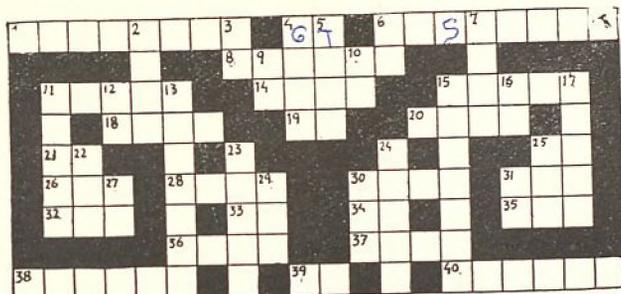


SECCION RECREATIVA DE BUEN HUMOR



por DIEGO MARSILLA

Problema núm. 1 de Palabras cruzadas. (Fuera de concurso. La solución en el próximo número).



Horizontales.—1. Nombre de varón con falta de ortografía.—4. Iniciales de Guillermo Tell.—6. Fruta en plural.—8. Voz carreteril.—11. Nombre femenino.—14. Cortaplumas.—15. Danal.—18. Novena letra del alfabeto griego.—19. Nota musical entre el sol y el sí.—20. En el fondo del vaso.—21. Nombre de letra.—28. Segunda persona del verbo.—25. Utensilio para volar.—28. Haiga bien dicho.—30. Abreviatura de nombre femenino.—31. Lo dicen los niños al jugar.—32. Monarca.—33. Moneda romana.—34. Un río sin la i.—35. Fascículo muscular en el corazón.—36. Lo hace un globo.—37. Del verbo oler.—38. Equivale a roncar en lenguaje pamúe antiguo.—39. Nombre de letra.—40. Interjección no muy fuerte. **Verticales.**—2. Metafoide descubierto por Gay-Lussac y Thenard en 1808.—5. Para espantar las gallinas.—4. Lo que hacía Monjardín.—5. Lo que hace Pérez en el cine.—7. En el puercu espñ.—9. Interjección rusa, muy elegante.—11. Lo que no se debe hacer.—10. Parecido al 9, pero no tan elegante.—12. Del verbo decir.—13. Estornudo madrileño.—15. Del noble juego del dominó.—16. Negación.—17. Nombre de la letra X.—22. Exclamación.—25. Del verbo hallar con falta de ortografía.—24. Cabito formado por dos o tres filásticos.—25. Pri. 27. Interjección.—29. Del verbo asir. 30. Pro. 31. Exclamación de asombro.

8.—Grito popular.

500	Lo más grande
500	Lo más grande

9.—Acertijo geográfico.

He aquí cinco lugares de España.

- 1.... parte de la persona.
- 2.... nombre de ella.
- 3.... lo que bebe.
- 4.... lo que bebe por uno.
- 5.... lo que le gusta de pastel.



**SOMBREROS
BRAVE
6 · MONTERA · 6**

10.—Muy útil para veranear.

Lugar de España frecuente	
D	UR
NIÑO DE TETA	Siempre juntos
2	

11.—Charada.

—¿Vas a la *prima segunda terciá*?
—*Tercia cuarta*. Voy a comprarle *segunda prima* al *segunda segunda*.

12.—De altos estudios.

Consonante-Vocal-Capital europea



Agua RADIUM
TINTURA PARA EL PELO
Con una sola aplicación se logran
— matices permanentes —
CORTÉS, HERMANOS.—BARCELONA

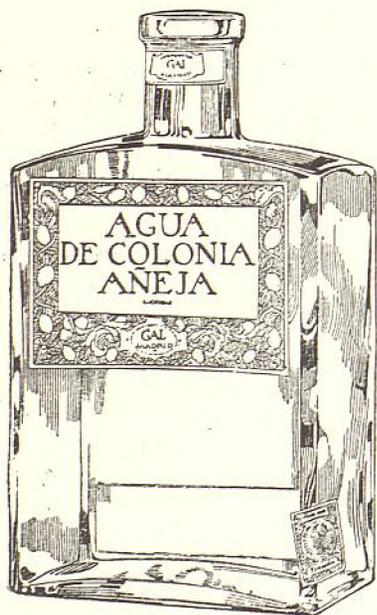
Cupón núm. 2
que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de septiembre.



La mejor prueba

de la bondad del Agua de Colonia Añeja está en el enorme consumo que de ella se hace entre las personas que se dedican a los deportes.

Acostúmbrese usted a friccionarse con Colonia Añeja después del ejercicio. Por su fuerza alcohólica y su pureza es el mejor tónico muscular. Refresca y reanima. Tonifica los nervios. Combate el cansancio. Compre usted hoy mismo un frasco en la primera perfumería, farmacia o droguería que encuentre.

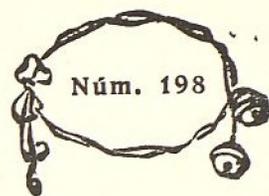
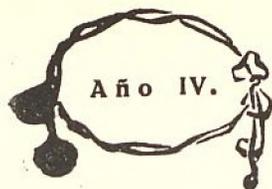


AGUA DE COLONIA AÑEJA

Frasco, 2,50 - Litro, 15 ptas. en toda España.

El impuesto del Timbre a cargo del comprador.

PERFUMERÍA GAL. - MADRID



LA AMARGURA DE SER EXCEPCIÓN



ACE días, llegaron a Madrid, procedentes de una provincia remota, unos parientes míos, tan remotos como la provincia de origen. Se trataba de un matrimonio bastante ordinario, que venía con el consabido par de pollos en las alforjas con el doble y clásico objeto de ver a un médico y de ver la capital.

Maravilláronse los viajeros al oírme decir que no conocía a ningún especialista en enfermedades del bazo, por la sencilla razón, entre otras menos fundamentales, de que hasta el momento presente —y en buen hora lo diga— no he necesitado que me escudriñen y soben tan interesante víscera.

—Bueno, pero aunque no hayas tenido nada en el bazo —argumentó delicadamente el marido— lo tendrás en el estómago, en el hígado, en el corazón o en los pulmones; y te habrá visto algún médico bueno, que ahora podría darte una carta de recomendación, para que el especialista del bazo no nos cobre nada.

El asombro de mis parientes aumentó al saber que yo no padecía ninguna lesión en el hígado, en el estómago, en el corazón ni en los pulmones, aun a pesar de vivir en este barullo de Madrid, de comer el pan, la carne y el pescado que aquí venden y que, según ellos, son verdaderas porquerías, de beber el agua del Lozoya, que, en su opinión, carece en absoluto de condiciones de potabilidad, y de respirar estos aires, que encontraron cargados de miasmas, de bacilos y de putrefacción.

Pero cuando el estupor de los provincianos llegó a su colmo y alcanzó proporciones de apoteosis fué al oírme decir que muchas de las cosas que se proponían ver en la villa y corte no las había

visto yo jamás, que desconocía algunas de las calles adonde tenían que ir de visita, que ignoraba en qué lugares se venden no pocos de esos objetos que trataban de adquirir y, en una palabra, que, unos por muy altos y otros por muy bajos, existían en Madrid innumerables sitios en los que no he tenido el honor de haber entrado jamás.

Sungongo que, al regresar al pueblo, me pondrían mis parientes como hoja de perejil, motejándome de descarifiado, de orgulloso y de idiota, sin hacerse cargo de que constituyo una excepción y de que esto entraña siempre una indecisa amargura. Yo soy un vecino de Madrid que no ha presenciado jamás el relevo de la guardia, que no

ha entrado en las reales caballerizas, que no ha visitado el Museo naval, que no ha visto «Don Quintín el Amargao», ni ha bebido agua de la fuente del Berrro, ni comido gallinejas, ni ha aplaudido jamás a Márquez, a Monjardín y a Chicote, ni ha estado en la pradera de San Isidro, ni en la Cuesta de las Perdices, ni en la verbena de San Cayetano, ni ha tenido nunca pase del tranvía, ni sabe a punto fijo hacia dónde cae la dehesa de la Arganzuela, ni la fuente de la Teja, ni la Virgen de la Paloma, ni las Cambronerías, ni el Ateneo, ni la estación de Arganda, ni el monumento a los Chisperos, ni el paseo de los Melancólicos, ni la calle del Salitre, ni el café de San Millán ni el teatro Pavón.

Medido en la reducida concha de mi ambiente cotidiano, soy la antítesis del hombre del día. La actualidad constituye, para mí, un ignorado mito. Reconozco que estoy pasado de moda, que soy un inadaptado, que vivo en Babia, pero no puedo remediarlo. Prefiero la capa a la gabardina, el valdepeñas al cóctel y el aristón, al gramófono, y entre el Quijote y las novelas de «El Caballero Audaz», me quedo con el Quijote, como entre los aguafuertes de Goya y los apuntes de Ricardo Marín, declaro que me gustan muchísimo más los aguafuertes de Goya, y entre los versos de Zorrilla y los de Juan Ramón Jiménez, me parecen un poco más inteligibles los de Zorrilla.

Nací para ser excepción y lo seré, pese a todos los esfuerzos y a todas las influencias. No podré nunca leer íntegra una novela corta de Alvaro Retana, ni ver un partido de fútbol, ni bailar un fox, ni oír un jaz... Ya sé que esto constituye una tribulación que me aísla y me pone en ridículo. Pero qué le hemos de hacer.



Dib. SILENO.—Madrid.

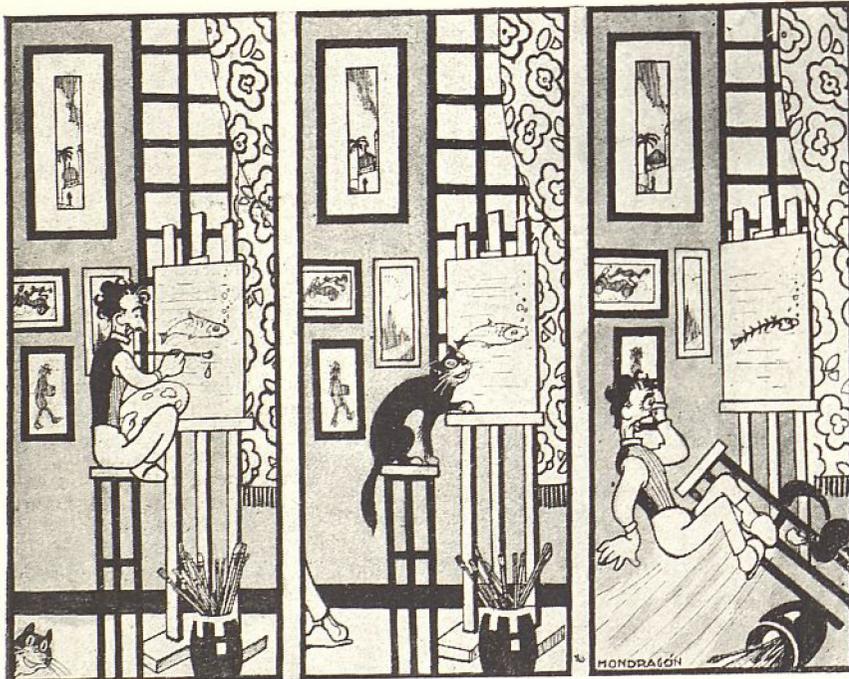
MARCIANO ZURITA

EN LETRAS DE MOLDE EL ARTE DE TOREAR

Durante el pasado agosto y estando de veraneo hallé un tipo muy chocante en San Sebastián y luego después en Gijón y en Vigo y en Pau, y allí me dijeron mis camaradas:—¿No sabes quién es ese?—No, por cierto. —Pues su nombre suena mucho. —¿Quién es, pues?—Es don Cornelio Cebollón del Aligustre. —¿Y qué es el tal?—No sabemos. —Pues yo voy a preguntárselo con el debido respeto. Todo será que me diga que no me importa saberlo y que, iracundo, me mande con mis preguntas al cuerno.— Y aproximándome al socio le pregunté sin rodeos: —¿En qué consiste (y dispense la franqueza) que le veo salir en letras de molde cien veces en este tiempo? —¿Es usted un gran cantante? —¿Es usted un buen portero? —¿Ha inventado usted acaso algún útil instrumento?

¿Ha dotado usted a España de algo, en fin, de gran provecho? —¿Es usted caudillo ilustre de la Armada o del Ejército? —¿Es usted autor de fama? —¿Es orador de gran mérito, como Benlock, el prelado que se da tanto paseo? —¿Es usted del Directorio, que está siempre en movimiento? —¿Es usted torero caro, aun cuando no tiene aspecto de tal?... ¿Qué es usted, amigo, para que desde primeros de julio venga su nombre, a pesar de ser tan feo, repetido en los periódicos, dándose un posín tremendo? —Nada de lo que usted dice. —¿Pues, qué es usted?—Soy viajero. Solamente porque viajo citan mi nombre los sueltos. —¡Canastos! ¡Y que la Imprenta se haya inventado para esto!... Si Gutenberg, desde el Limbo, ve a Cebollón, tan impreso, ¡no hay que decir lo que el pobre renegará de su invento!...

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA



Dib. MONDRAGÓN.—Barcelona.

HISTORIETA MUDA

En mi anterior artículo—bien cerrado el arcano del porvenir—dije de lo expuesto que está uno a cambiar de profesión como a cualquier otro accidente.

Pues bien, a los pocos días, me he visto anunciado como banderillero y en compañía de algunos maestros del lápiz, formando parte de la cuadrilla de un joven maestro de la pluma: Antonio Robles «Morenito del Escorial».

Si me hubieran dado tiempo para pensarlo, tal vez se me hubiera ocurrido para el domingo 23 del pasado uno de esos asuntos graves, que hubiera podido retenerme en Madrid o buscarme refugio en cualquier otro punto del mapa peninsular.

Pero el anuncio era un escopetazo, y estaba lleno, además, de palmaditas alentadoras en la espalda.

Renovación, el periódico local, organizaba la fiesta y henos de manos a boca, haciendo el paseillo en la cuadrilla del «Morenito del Escorial», los dibujantes Penagos, Robledano, Félix Alonso, Augusto y Bilbao, y yo, después de haber visto «el ganado» y de haber visitado, a instancia de «K-Hito», el buen servicio de enfermería con que cuenta la plaza. ¿Quién que haya visto la enfermería antes de torear, no siente un remusguillo interior de salir corriendo? Pero ya estamos en el ruedo, con un capote en la mano y sobre la arena recién regada.

Los amigos (Tovar, Pellicer, «Bon», «Tono», los Calleja y tantos otros) nos jalean desde sus localidades.

Suena un clarín. «K-Hito» abre el toril con su peculiar estilo y sale un berrendo en blanco y negro para «Morenito del Escorial».

Apenas sé lo que pasó desde entonces. Sería mucho pedirme la serenidad del revistero para apreciar los lances. Ví a mis compañeros de lid correr de un lado a otro, con toro o sin toro. Los ví rodar, a veces, o tropezar con el testuz peludo.

Unos lances del «Morenito», unos pares de banderillas de Robledano y Penagos (magníficos), que se aplauden.

Robles que brinda y da cuatro naturales con la izquierda de esos que levantan al público de sus asientos. Después...

El toro que me mira, y viene para mí. ¡Qué momento! Que perdonen los otros, pero para mí fué el más interesante de toda la tarde.

Yo estaba en mi terreno, eso no lo puede negar nadie. Mi terreno, por casualidad, no estaba muy cerca del toro, casi ni medio cerca. Aunque sin salir de la plaza, había quien estaba más lejos que yo. Pero me miró el toro y se vino hacia mí. Ya nos conocíamos,

porque yo le había dado dos largas al principio.

Le esperé, quieto en el centro de la plaza, y empleé aquellos minutos en recordar la teoría de la verónica, como recuerda uno las lecciones antes del examen.

«Se espera al toro, se le alegra, se estiran los brazos, se recoge al toro con el capote, se da la verónica, templando y quieto, se recoge y se cita nuevamente....»

Creo que recordé enteramente la lección y hasta que moví un poco el capote. En esto, noté que me faltaba tierra, que vacilaba en el aire...

¡Mi cuerpo en la arena!

Y cuando me dí cuenta, me ví delante la cabeza del becerro, que me miraba, al llegar, con cierta curiosidad. No olvidaré el momento.

Consideré que para estos casos no hay nada rigurosamente estatuído en la ciencia taurina. Recordé que algunos se quedan muy quietos, tumbados

boca abajo; que otros sólo piensan en taparse la cabeza con las dos manos y que no falta quien imprima a su cuerpo un movimiento de rotación.

Entonces se me ocurrió apelar a un procedimiento originalísimo. Consistió éste en levantar las piernas por alto y agitarlas en el aire, para asustar al bicho.

Pero el becerro no se asustó y siguió adelante, por encima de mí. Tal vez la velocidad adquirida no le dió tiempo para detenerse. Me inclino a creer esto, ya que el becerro pasó sobre mí con el mayor cuidado, levantando bien las patas para no lastimarme, y se alejó después, sin hacer lo más mínimo por causarme daño. Era un becerro de buen corazón. Se lo agradeceré siempre.

Que digan si no asistí a sus últimos momentos, mientras «Morenito del Escorial» le daba dos estocadas hasta el puño y daba la vuelta al ruedo y cortaba la oreja, que le concedió un *pong*

de nenas guapas que hacían de presidentas, asesoradas por Tovar.

Y se llevaron al becerro entre aplausos. ¡Pobre animal, tan bueno!

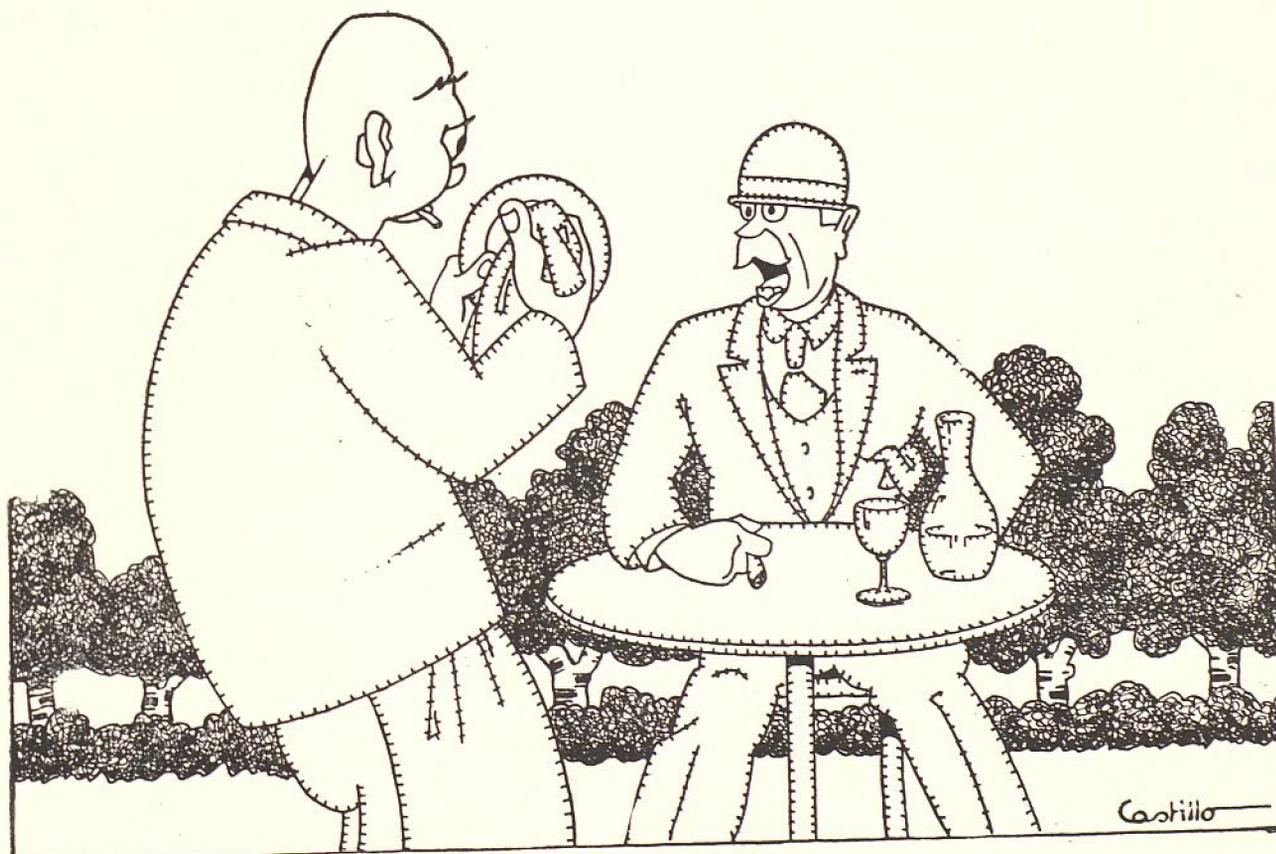
Un día de estos le pediré a Antonio Robles la oreja que cortó, si aún no se ha hecho con ella una petaca, para conservarla como recuerdo de aquel amigo muerto. Al matador le queda el rabo, que cortó también como trofeo.

No sé si al *matador* se le ofrecerán nuevas contratas. Yo, por mi parte, no quiero abandonar una carrera que he comenzado tan brillantemente y deseo elevarme desde la arena a las cumbres de la tauromaquia. Con dos o tres porrazos más, estoy *hecho* o desecho.

Me llamaré el Niño de Buen Humor. Penagos y Augusto formarán parte de mi cuadrilla.

Estoy a la disposición de las empresas, para lo que ustedes gusten mandar.

José LÓPEZ RUBIO



Dib. CASTILLO.—Madrid.

—¿Pero dónde se ha visto? ¡Limpiar los platos con el pañuelo!...
—Es que cuando estoy resfriado, el amo no me deja las servilletas.

PATRANAS

El terror de las imprentas.

No soy yo, que conste. Hay algo que las aterroriza más.

Casi conocen el tipo de trasgo que tiene el tal aterrorizador.

Entra mirando a todos los operarios por encima de sus gafas y hay en seguida dos o tres cajistas que sienten el calambre.

El tipo fosco, flaco, famélico, funesto, avanza hacia el regente.

—¿Es usted el regente?— le pregunta como si fuese un anarquista que fuese a atentar contra el regente del reino.

—Sí... Para servir a usted— dice el regente perdiendo su aplomo.

Todos los operarios se han parado. Ya nadie compone. —Todos están atentos a lo que va a decir el trasgo fatal.

—Yo vengo —dice— a que me compongan una nueva edición de la Tabla de Logaritmos....

¡Ya está ahí! Eso era lo que todos temían desde que lo vieron entrar... A los pies de cada chibalete se derrumba un trozo de la composición que cada cajista llevaba entre manos, empastándose de un modo aciago.

¡La Tabla de Logaritmos! Todos se han agarrado para no caerse.

El cheque en blanco.

El tronado Conde de Marabón no sabía qué hacer para quedar bien con su sobrina, con ocasión de sus desposorios. ¿Qué podía regalarla él que todo lo tenía empeñado y que no sabía con qué había de comer aquellos últimos días de mes?

Mucho pensó en la cosa hasta que por fin dió con la estratagemma y buscó en sus cajones esos cheques que sobraron en otra época porque siempre le quedan páginas en blanco a esos librillos, páginas en que no se le ocurre poner nada, nada más que al estafador.

El Conde de Marabón tenía alma noble y no podía utilizar aquel cheque colocando en él una cantidad supuesta. Lo que hizo fué poner una carta a su hermano, carta en que le decía entre otras cosas. «Ya sabes que es moda que entre los regalos aparezca el papequito de un cheque salpimentando las botonaduras y las sortijas.

Yo, cuya situación conoces bien, he pensado mucho en qué regalo podría hacer a Manolita y a su simpático prometido, y como ha de figurar mi nombre en los carteles, te ruego aceptes ese cheque que bien sabéis en secreto

que no supone nada, pero yo no engaño a nadie ni a vosotros porque sabéis la verdad, ni al Banco, porque nadie ha de ir a cobrarle esa ni ninguna cantidad.

Espero ver en los periódicos expresiva consignación de «un cheque en blanco de su tío el Conde de Marabón.»

El tío Pepitas.

«El tío Pepitas» le llamaban todos porque acostumbraba a llamar Pepita a todas las Josefás o Pepas.

—¿Dónde está Pepita?— entraba preguntando en la casa donde había una Josefa.

Los días de San José propalaba por todos lados:

—Hoy tengo quince Pepitas que felicitar...

Le había gustado la familiaridad de Pepita y siempre estaba con Pepita por aquí y Pepita por allá.

Sólo el Sr. de Escamón se harta de tanta «pepitoria» como decía y un día que entró preguntando: «¿Dónde están esas Pepitas?» el Sr. de Escamón le sacó un plato de pepitas de sandía y le dijo:

—Estas son las pepitas que hay aquí porque no creo que se refiera usted a mi señora que es doña Josefa, ni a mi hija que es Josefa a secas.

El tío Pepitas se tragó aquella lección y poco después se retiraba del mundo.

El pájaro de sombrero.

Los pájaros de sombrero se alimentan de pensamientos, de esos cañamocitos de ideas que suelen tener ellas.

Les he observado mucho, quizás hasta con impertinencia, pero nunca había oído cantar a ninguno hasta aquella noche de París en que en compañía de una señorita alegre, que bebía champagne con locura y no dejaba de tomar bombones de licor mientras fumaba cigarrillos saturados de viejo coñac, oí en el momento de la coragiana, cuando el sombrero de pájaro bailaba en su cabeza, este comienzo:

Paquín y Poiret
me hicieron el couplet.

Después, espantada la dueña del pájaro canoso, aplastó su sombrero bajo su polisón.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA



Dib.
CASERO
Madrid.

PESAS Y MEDIDAS

—Vamos a ver: a tu padre le regalan una garrafa de vino que pesa una arroba, y tu padre la coge...

—¡Eso es viejo, señor maestro!



D. b. GARRIDO. — Madrid.

— ¡A mí me se da el premio o máto a ochol. .

— Caballero, tenga en cuenta que es un concurso de feos, y que no se va usé a llevar el premio por guapo!

CINCO SONETOS

MIENTRAS SE QUEJA UN VIOLÍN...

—Señorita: la adoro ciegamente,
no puedo más, me tiene usted deshecho,
y puede usted dejarme satisfecho
y tranquilo, con sólo lo siguiente:

déme usted un abrazo, fuertemente,
oprime usted su pecho con mi pecho,
su cara con la mía, y esto hecho,
muévase a mi compás, tranquilamente.

Señorita bonita: así enlazados
usted se sentirá feliz, gozosa,
pues, moviéndonos siempre acompasados,
verá usted qué placer. ¡Vamos, hermosa!...

Nadie nos va a decir: ¡Qué descarados!...
que esto es bailar un fox, no es otra cosa.

¡MUY BIEN!

Mete mi dama el pie, que es razonable,
en la cárcel estrecha de un zapato,
donde los dedos van, cual los de un gato,
en una informe piña indescifrable;

una faja se ciñe, inaguantable,
una media, que estalla al poco rato.
un «sostén» que la oprime sin recato
la insignia maternal y deseable;

en los labios se pone bermellón,
en las cejas unguento de sartén,
en los ojos pomada de fogón,

un sombrero se cala hasta la sien,
y se expone a la pública opinión
que la dice al pasar que va muy bien.

NADA ES IMPOSIBLE

Lograr que toque el arpa un elefante
o que aprenda el inglés una gallina;
transformar una piedra en gelatina,
hacer con leche y huevos un brillante,
conseguir no aburrirse con el Dante,
y alcanzar que una monja capuchina
vista en Pentecostés de bailarina
y que el Papa la nombre comandante,

se puede realizar. Todo es factible:
no existe para el hombre lo imposible;
tal del ingenio humano es el poder,
que al límite llegó de lo increíble,
pues se murmura ya, que es muy posible,
que al marido obedezca la mujer.

A MI DULCE AMIGA

Es dulce tu mirar, dulce tu acento,
dulces tus labios rojos como fresas,
mieles pones en ellos cuando besas,
y cuando dulce ríes tu contento.

Es dulce tu sentir y pensamiento
pues con dulces palabras los expresas,
y es dulce, en fin, Princesa de princesas,
de tu sereno andar el movimiento.

No me extraña, mi bien, tanta dulzura
que eres hecha de mieles y ambrosía,
y no hay cual tú, más dulce criatura;
ni me extraña tampoco vida mía,
que al ver tu dulce encanto, y hermosura,
todos digan igual: ¡me la comía!

LA ARAÑA Y EL MOSCARDON

Ella es una araña: toda líneas... ¡hueso!;
él es un rechoncho moscardón peludo;
ella le dedica su mohín de embudo;
él la guiña y piensa; libre es el acceso.

Ella le sonrfe, él sin más proceso
la enseña los dientes, brochazo de engrudo,
se acerca insinuante, galán, cachazudo,
don Juan en sus glorias, y la pide un beso.

Ella palidece; él suspira y besa;
ella —¡pobre niña! — le habla de amor fiel;
él —¡que es un lagarto! — no da la promesa;
ella se derrite como blanda miel...

él triunfa y domina. ¡¡Ya es suya la presa!!

.....
Y ella, a los dos meses, se casa con él.

PEDRO PEREZ FERNANDEZ

BUEN HUMOR lo vende en México D. Nicolás Rueda
en su nueva Librería de la calle 2.^a Victoria, núm. 33

GALERIA PINTORESCA

La vida en el campo

XXVIII

*¡Qué descansada vida
la del que huye el mundanal ruido
y se va a Malpartida
que es donde ya se han ido
los que su dicha y paz han compren-*

*Un no rompido sueño [dido!...
(que yo, menos poeta, diré roto)
buscado con empeño,
me traje en una moto
huyendo de Madrid y su alboroto,
y a estas selvas tranquilas
me vine de la moto en raudas alas;
pues no soy de esos lilas
que prefieren el Palas
al bienestar del campo y a sus galas.*

*¡Oh monte!, ¡oh fuente!, ¡oh río!
donde feliz al despertar me baño,
y aunque me quede frío
del chapuzón extraño,
salgo fresco, sin mácula y sin daño.*

*Del monte en la ladera,
por mi mano, plantado tengo un
que todo el que lo viera [huerto,
pasmado y boquiabierto
no digo bizco, se quedara tuerto.*

En él tengo gallinas
como esas que se pintan en un cromó
muy gordas y muy finas,
que, como Juan Palomo,
yo mismo me las guiso y me las como.

Tengo también un cerdo
que allá en Diciembre me dará tocino,
que si mal no recuerdo
se parece al sobrino
del Juez municipal, en lo cochino.

También tengo una mula
que da doscientas vueltas en la noria,
de la que se calcula
que, al fin, tendrá la gloria
de entrar en la Academia de la Historia.

Y tengo una pianola,
y hasta tengo un gramófono estupendo
con música española,
que porque no lo entiendo
me lo quieren comprar, y no lo vendo.

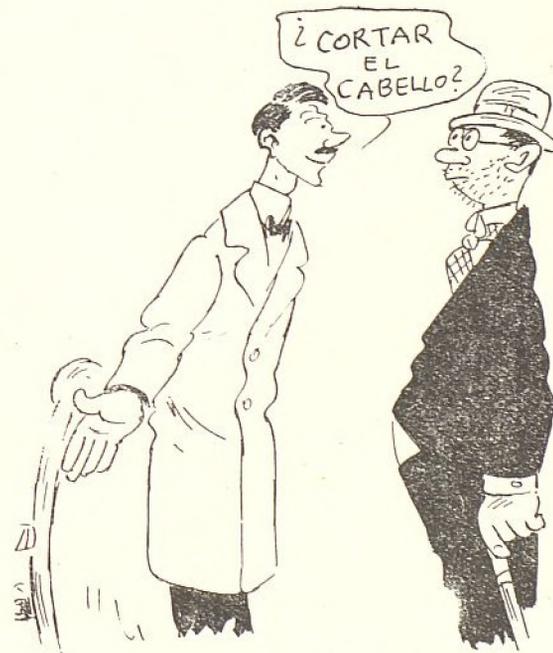
¿No es ésta la gran vida
tranquila, saludable y placentera
con que el campo convida?
¡Me s de un rico quisiera
disfrutar como yo de esta manera!

*Y mientras miserable-
mente se están los otros abrasando
con el sol implacable
que allí los va tostado,
yo a la sombra estaré fresco y can-*

*A la sombra tendido [tando.
(no en tendido de sombra, que no es
y entre yedras hundido, [eso)
cantaré en mi embeleso
de mi musa gentil el dulce beso.*

FIACRO YRÁYZOZ

EL PELUQUERO AMABLE



HISTORIETA, por Bergström, París.

“BUEN HUMOR” EN PARÍS

CRÓNICAS ABSOLUTAMENTE VERACES DE UN VIAJERO REGOCIJADO

XCIX

París, como toda gran capital, goza de un sistema de transportes tan variado como poco económico, gracias al cual los parisienses y los extranjeros, y los que no son ni parisienses ni extranjeros, (como por ejemplo los de Burdeos, que casi no son nada), pueden trasladarse de un sitio a otro con relativa prisa, con un poco menos que relativa comodidad, y disfrutando de un paisaje urbano, heterogéneo y arquitectónico que sería único sino fuese a veces sórdido, a ratos tétrico, a trozos húmedo y en ocasiones árido. De todas maneras, París está bien (¡muchas gracias!) para recorrerlo en cualesquiera clase de vehículos, y no se nos ocurre sistema mejor que recomendar a los turistas para conocer en poco tiempo esta seductora y algo sinvergüenza población. El método, exclusivamente nuestro (tan nuestro que lo tenemos registrado con patente de invención) de recorrer París a pie, no se lo aconsejamos a nadie que sea caballero y lleve en el cinto espada, porque, a más de ser humillante, es pesadísimo y hace falta una enorme paciencia y un par de botas con una suela más enorme todavía que la paciencia susodicha.

Claro está que el extranjero que visita una población desconocida en coche, en auto, en tranvía, en autobús, en bicicleta o en zancos, no puede admirar detalles como los que admiramos los que seguimos el procedimiento rigurosamente pedestre y anticallida. Yo, por ejemplo, conozco de París cosas que estoy seguro de que son un misterio para todos los demás desgraciados que pululan por aquí. Yo sé la anchura de casi todas las bocas de alcantarilla del barrio de Vaugirard, estoy enterado de en qué restaurantes el escaso público lo constituyen cuatro gatos y de en qué otros restaurantes el *menú* diario está integrado por un número de gatos mucho mayor; me sé de memoria los escaparates donde los precios de los artículos son mentira, pues al entrar en el establecimiento le gastan a usted la broma de decir que eso lo han puesto para animarle a entrar, porque todo está muy malo y ni Dios se cuenta como no se le tome el pelo ligeramente; estoy percatadísimo de la cantidad de casas en las que de

noche no puede penetrar ninguna persona decente, a no ser que esté dispuesta a hacer una barbaridad y a pagarla muy cara además, que es lo peor y lo más doloroso; sé en qué tabernas se hace caso omiso de un cuplé español tan popular como sentencioso, con lo cual no creo tener que decir que en ellas se encuentra usted con el agua que sí has de beber; y finalmente tengo contados con todo escrúpulo el número de perros que hay en París por las calles, y que se dividen en perros con bozal y en perros sin él, debiendo advertirles a ustedes que los perros con bozal suelen verse de día y en compañía del mismo amo y que los perros sin el indicado bozal se ven preferentemente a las horas de la madrugada acompañados de un amo distinto, y esto los más afortunados; que hay muchos que, por la fuerza de su trágico destino, van deplorablemente solos y con un aspecto tan indignado como si les hubieran dicho que les diesen morcilla.

Pero, en fin, estos detalles de observación, que a mí me parecen interesantes, no son necesarios para el viajero que, al llegar a Lutecia, pide que le enseñen el museo de Louvre, la torre Eiffel, el cementerio de los animales, la casa de los académicos, el jardín de Luxemburgo, el baile Tabarín, la habitación donde ha de morir Poincaré cuando le llegue su hora, que ya está escogida (me refiero a la habitación) y otra porción de fruslerías como éstas, que son las que llenan París de turistas, de ingleses y de paletos, y los que mantienen su prestigio de ciudad curiosa y digna de verse antes de que uno se muera, ya que después costaría mucho más caro habida cuenta del escandaloso precio que cobran las compañías ferroviarias por llevarle a uno en el tren cuando uno está frío, rígido, descompuesto y sin gana de hablar con el conductor...

Así es que, volviendo a lo que yo decía, y ustedes escuchaban pacientemente como siempre, al principio de esta crónica, conviene al extranjero estar al tanto (y sobre todo al *cuánto*, que es lo principal) de los vehículos que en París se mueven con más o menos soltura en las diferentes direcciones que les marca su misión humanitaria. Lo mejor para conocer esta villa en pocos días es el taxímetro automóvil.

Y lo peor es el Metro. Hay también otra cosa, que yo incluyo entre los vehículos (porque es lo que más me gusta) que tampoco aconsejo a ustedes para ver París, aunque yo lo uso mucho. Es la cama con dos colchones y cuatro ruedas. Pues bien, tanto en ésta como en el Metro, es muy difícil apreciar los distintos matices de los panoramas parisienses y se queda uno sin ver muchas cosas que luego le dá rabia no haber visto. En cambio, con el taxímetro automóvil puede usted estar seguro (sobre todo después de salir del coche) de haber visto París como si le hubiese usted mirado con lupa. La explicación es sencilla: los taxímetros automóviles parisienses son casi todos de la época en que Clemenceau era joven y pellizcaba a todas las criadas y a casi todas las amas. Huelga decir que actualmente los supradichos taxímetros se encuentran en la más remota ancianidad y, por lo mismo, andan con las naturales precauciones para no dar un resbalón mortífero. Usted puede, como es lógico, sacar un partido fenomenal al ir encima de los venerables y octogenarios aparatos, pues hay momentos en que llega usted a poder contar todos los ladrillos que tiene la fachada de una casa ante la cual cruza veloz el coetáneo de Clemenceau, y si me apura usted, puede contar además de los que tiene, los que le faltan. Esto, sin apearse de un coche, es sencillamente admirable y no pasa más que en París, aunque no transcurrirá mucho tiempo sin que suceda en Madrid también, por lo cual me felicito y les envío a ustedes desde aquí mi felicitación más entusiasta y cordial.

Hay además otra emoción que ningún taxímetro deja de proporcionar a su venturoso ocupante: la de la *panne*, como llaman en París al hecho de que un auto se detenga y diga que de allí no le mueve ni Sansón, ni Hércules, que por apuesta se pongan a dar tirones y empujar con el hombro por todas partes. ¡Esto sí que es delicioso! El *chauffeur*, consciente de que aquello va para largo, lo primero que hace para adquirir fuerzas y resignación es introducirse en una *buvette* y meterse seis copas de morapio; y luego, si buena mente le queda la cabeza para ciertas cavilaciones, se lía a golpes con el auto hasta dar con el sitio sensible y con-

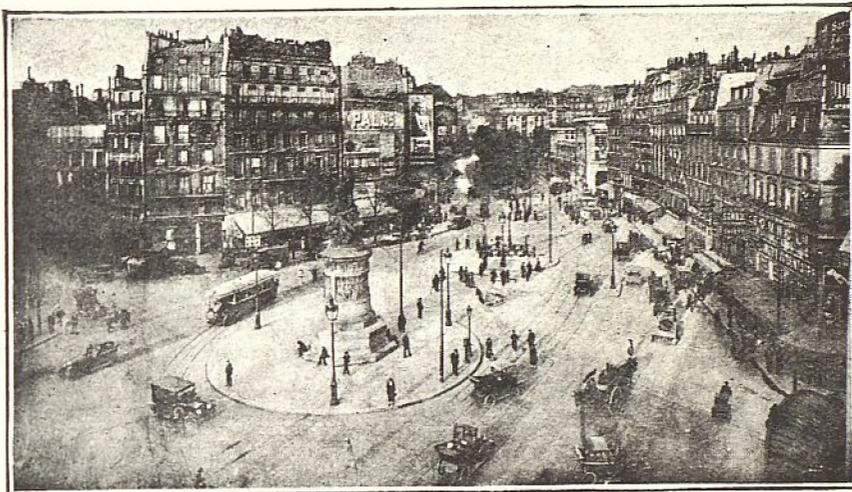
vencerle por las buenas de que debe echar a andar otra vez. Y como entre la ingurgitación de las copas y la magna tarea de resucitar al pobre taxímetro, suelen invertirse unas dos horas, usted puede recorrer el barrio, admirar sus curiosidades y hasta hacer algunos conocimientos entre la vecindad que pueden serle altamente provechosos para el día de mañana. ¿Hay quién de más?...

Pues, aunque parezca mentira, sí lo hay... Y es el contador... En el presente momento, la mayoría de los contadores se encuentran en tan octogenaria decrepitud como los coches y andan con la misma prudencia y con idéntica fatiga. El otro día, un modesto servidor de ustedes se encontraba en la *place Vendôme* contemplando la columna que se alza en su centro y pensando en las faltas de respeto que hubiese tenido que aguantar Vallengano si se le ocurre poner en la plaza de las Descalzas, de Madrid, una cosa semejante. De pronto, un repetido servidor se acordó de que no había visto aún la sinagoga de la *rue de Notre-Dame de Nazareth* y, con la esperanza de poderle tomar el cabello al judío edificio, con la misma intensidad que a la columnita, pensé trasladarme a la aludida sinagogueja, utilizando uno de los taxis más viejos que encontrase a mi paso, el cual acorté un poco para que me fuesen alcanzando los que pasaban. No tuve que esperar mucho; pues resultó que eran más viejos todos y a los dos minutos me encontraba instalado en el interior de uno y con rumbo, algo incierto, hacia la iglesia hebraica de mis ansias. ¡Y aquí de mi agradable sorpresa, debida al contador!... La distancia entre *Vendôme* y *Nazareth*, de unos tres kilómetros, y recorrida por el auto en unas dos horas con ochenta minutos (y lo digo así para no avergonzar demasiado a su dueño, si sabe castellano y lee esto), según el contador valía solamente dos francos con cinco céntimos. Ebrío de alegría dí al *chauffeur* que, por pura casualidad, no estaba ebrío de nada, la cantidad marcada por el honradísimo contador; y el *chauffeur*, con amabilidad genuinamente parisiense, no se permitió más que indicarme que *quizás* el taxímetro se habría equivocado algo porque andaba un poco indispuerto y que, en resumen, si me parecía bien añadiese a los dos francos con cinco lo que creyera conveniente, y tan amigos y *vive la entente franco-espagnole pour les affaires du Maroc!*... Conmovido le dí dos francos con quince y un par de *chiens grosses* de propina y empecé a lanzar carcajadas ante la fachada de la

sinagoga según había previsto al principio de mi viaje, realizado con tan plausible e hilarante finalidad.

Hay también en París otro sistema de locomoción recomendabilísimo para los forasteros: los autobuses de seis ruedas que hacen el servicio entre la plaza de la Magdalena y la idem de la Bastilla. También van un poco despacio, sin duda debido al hecho de que como son seis las ruedas que tienen que dar vueltas, no siempre están to-

más marcadamente parisiño que los llamados *bateaux a vapeur*, o sean, para que lo entiendan ustedes, unos barcos de un tamaño bastante decente que recorren el acaudalado Sena a las horas en que la obscuridad no lo impide. Este método de locomoción es el más barato, sin duda porque con él no se puede ir a ninguna parte, salvo ir por el río donde uno no conoce a nadie ni suele tener nada importante que hacer. De todos modos el viaje es pa-



LA «PLACE CLICHY»

Plaza irregular, preferentemente cruzada por personas de conducta todavía más irregular que la plaza, y que, por eso mismo tiene una fama de alegre que da gusto. En medio de ella está la estatua del General Moncey que, sobre todo de noche, ve el pobre general (ó la pobre estatua, como quieran ustedes) cada escenita que para qué vamos á hablar.

das en situación de hacerlo de completo acuerdo, y en cuanto alguna de ellas se retrasa ya está armado el lío. Pero, en fin, no teniendo mucha prisa, puede usted confiar en que, tarde o temprano, llegará a la plaza de la Bastilla si sale usted de la de la Magdalena o llegará a la plaza de la Magdalena si sale usted de la de la Bastilla, salvo en el caso de que le suceda lo que a un admirador mío que tomando el autobús en la plaza de la Bastilla se apeó a las dos horas en la misma plaza de la Bastilla y, si no se apea, allí seguiría a estas fechas por culpa de las dos ruedas de delante que se empeñaron en ir hacia atrás, se conoce que por parecerlas lugar más cómodo y menos peligroso,

Pero ningún sistema de transporte

norámico y agradable y sólo cuesta sesenta y cinco céntimos todo el recorrido, o todo a sesenta y cinco como estoy viendo que van a decir ustedes y por eso no lo he dicho yo. Tan barato me resultó que ayer mismo lo comen-taba en unión de una *demoiselle* propiciatoria a la que invité a un helado, que me costó cuatro francos y que me resultó una especie de barquillo relleno como esos que se sirven en el café de San Isidro, de la Villa del Oso.

Y pagar cuatro francos por tomar un barquillo y sesenta y cinco céntimos por tomar un barco, comprenderán ustedes que dá una idea de que el barco aquí es una cosa realmente tirada.

ERNESTO POLO

París.—Café Prévot.—Septiembre.

BOEN HUMOR se vende en la HABANA en la Compañía Nacional de Artes Gráficas y Librería, Pl y Margall, 135-139

La presentación de Narcisín ha sido uno de los espectáculos más conmovedores que pueden presenciarse. Salfá



el niño; hacía y decía las comedias como un actor de verdad y un murmullo que decía: «¡Ooooh...! ¡Qué monaaaada!» pasaba por la sala del Centro, como viento entre cañas, mientras que todos los espectadores incluso los varones nos derretíamos de sentimiento maternal. «Maternal», sí; porque el sentimiento paternal no suele enternecerse con esa modalidad bonachona de las madres que han criado muchos hijos y tienen un corazón muy grande, muy grande y muy grueso—como de no usar corsé casi nunca—un corazón que no les cabe en el pecho, aunque el pecho se engrandezca con obesidad opulenta, ni les cabe en la barriga que también se «opulenta», ni en la papada, rebosante de satisfacción maternal, ni en todas ellas, que se convierten medio en budas medio en rollos de manteca, derretibles al calor de las emociones maternas.

Todo Madrid se ha convertido en una madre de éstas para recibir a Narcisín. La urbe se ha hecho ubre y al ver a la criatura se ha enternecido lo

mismo que si hubiera sido ella la ubre que le amamantó recién nacido.

Por el patio de butacas abajo corría un riachuelo linfático; era la baba de los espectadores que les iba cayendo sin cesar conforme el nene hacía sus gracias.

«¡Uy! ¡Qué mono!»...
«¡Si está para comérselo!»...
«Pero ¿has visto qué rico?»...
«¡Qué salado!»

Hay en el corazón humano una fibra sentimental arraigadísima y recóndita que se conmueve con las escribanías que representan la Catedral de Burgos; con los termómetros que representan la Torre Eiffel; con las cafeteras que representan una locomotora y con los alfileres de corbata que representan un aeroplano «con hélices y todo».

Es la fibra que comienza a ejercitarse con las muñecas andadoras que dicen «papá» y «mamá» y que luego se



perfecciona contemplando, en el aparador de nuestra casa—muy guardada en el departamento donde se guardan

BAMBALINAS DIABLAS Y TRASTOS

NARCISÍN, O EL CHICO EN GRANDE

las reliquias, los tesoros que no salen a relucir sino en las solemnidades—, una licorera en forma de burro cargado de cubitas; un galletero en forma de cajón de embalar y un cenicero imitando la espuerta de la basura. Las personas que tienen la felicidad de poseer esta fibra quedan embebecidas cuando se les presenta en un escaparate un trasatlántico en miniatura «con todos sus detalles».

—Pero mujer, ¡si no le falta nada!

Con Narcisín pasa lo mismo. La madre que dentro de todos nosotros contempla a Narcisín está llena de gozo —repleta de gozo, más bien; y rebozada— viendo que no le falta detalle al actorcito.

—¡Hijo de mi alma!...

—Nosotras—nos dicen dos señoras con aspecto de tías carnales del chiquitín—venimos detrás de él desde Buenos Aires. ¡Figúrese usted!...

Conmover, también, este detalle. Conmover, sobre todo, pensando en lo que ha de pasar luego cuando otras tías, menos carnales pero más canosas, quieran seguir al fenómeno desde Buenos Aires y desde todas partes y el Narcisín, convertido en Narcisón, no sepa quitárselas de encima.

Es lo grave, sí; la amenaza que inquieta nuestro corazón maternal. ¿Qué pasará cuando el chico no sea chico? Ahora es un niño prodigio. ¿Desaparecerá también el prodigio cuando desaparezca el niño? Esta es la cosa. El niño ahora es, enteramente, un actor; cuando sea grande ¿seguirá siendo un actor? Eso será lo malo.

Su madre auténtica, sin embargo, no lo teme:

—Hay quien se figura que nosotros estamos temblando de pensar que el

chico crecerá... No crea usted que a mí me importa nada.

—¡Si yo no creceré!—dice el chico—. Lo ha descubierto un periodista de América que ha dicho que me conservan en alcohol.

—Sí, ¿eh?

—Sí... como mi tío... ¡Ese sí que se conserva en alcohol!...

...Habla en su cuarto Narcisín. El chico, fuera de escena, es simpático, ocurrencioso y enredador. Eso le ha salvado. Yo temía que fuera uno de esos niños que hacen gracias y nos amargan la hora de visita con aquello de «anda, niño, recita *Don Juan Tenorio*». «Verá usted cómo imita a Raquel Meller». Yo temía encontrarme con Mari-sabidillo 1.º y llevaba ya mi plan: aplicarle al descuido el bastón encima del dedo meñique del pie y apretar, dejándome caer, como quien no hace la cosa. «El niño—me decía yo—, como es precoz, tendrá callo; pues bueno: que yo le piso el callo como me coloque las gracias ¡prehistórico!»

Pero, no; parece que el chico es chico. En las horas de ensayo aprovechaba los ratos de asueto para colocar las sillas en mitad de los pasillos y saltárselas ya «a la torera», ya «sin manos»—ejercicio éste de «sin manos» que también resulta a veces «sin narices».

El chico está secándose las manos cuando entro yo en el cuarto.

—¿Cómo está usted? Me dice tendiéndome la mano, envuelta en la toalla para no mojarme.

Y después:

—Voy a regalarle a usted una cosa... Una cosa pequeña pero larga...

—Un puro...

—Sí, señor...

Ha sacado del armario una caja de puros gigantes, lo mismo que aquel otro, el único que yo he fumado en esta vida y que me hizo dar la vuelta al mundo

—No fumo, Narcisín; perdona, hijo. —¿Me va usted a despreciar? Son de los que fumo yo...

—Tú, sí; pero yo... yo soy mayor que tú; se me ha pasado ya la edad de fumar puros de éstos... ¡si me dieras uno de chocolate!...

—Bueno—dice guardando la caja—; veo que es usted una persona decente como yo; ni usted ni yo fumamos...

La madre le va vistiendo a todo esto; le da polvos, colorete, le vuelve de un lado y de otro y él se deja hacer mientras piensa en otra cosa, como si le estuvieran poniendo majo para la función del pueblo.

Entró su papá... También actor... Narcisín ha nacido y crecido en el tea-



tro; lo cuentan todos. «A la edad de tres meses, trabajó ya: la Fulana le sacó a escena, en *La Zarina*»...

Llega el traspunte: —¿Empiezo?... Me despido:



—Bueno, adiós. Ya vendré a verte. —Cuando usted quiera. Yo estoy aquí todas las noches...

Llaman a escena. Va. Sigue a veces en escena siendo chico y entonces da gusto. Pero otras veces ¡ay! tiene que decir lo que le han escrito, en serio, unos hombres grandes, muy grandes, unos grandísimos... hombres.

ENTREACTOS

Hemos triunfado.

El periódico *Cándide* abrió un concurso hace unos meses para saber quienes eran a juicio de los lectores los artistas de Cine más admirables.

Se ha celebrado ya el escrutinio: Charlot ha obtenido la votación mayor; Huguette Duflos—francesa— ha obtenido el segundo; y el tercero lo ha obtenido... ¿quién diréis?: Raquel Meller.

Para que os vayais enterando,

MANUEL ABRIL

BAGATELAS

BIENAVENTURADOS LOS ENTECOS

Aquel buen señor de la tripa no nos dejaba nunca en paz a los que pesábamos sesenta kilos. Nos miraba de pies a cabeza desdeñosamente. Se reía de nosotros con una risotada como un huracán, que le estremecía todo su cuerpo de elefante, desde la bola que se tapaba con el sombrero, hasta las pezuñas, que se calzaba con charol. Depositando sobre el abdomen la beatífica olimpitud de sus manos custodiadas de anillos profería los insultos más gruesos contra nuestra mirada lánguida y ardiente de espiritados sin tejido adiposo ni calorías. Una vez alguno le llevamos a un rincón y le digimos con voz sofocada y trémula:

—Es usted un besugo, caballero. Luce usted su barriga como un blasón, y ya es hora de que sepa usted que los penachos ondean más arriba. El Progreso es escualido y pesa muy poco. Suda, tiene fiebre, duerme mal, a veces espectora y muy a menudo le duele el estómago. Si los hombres orondos y lucios medran es a costa de los vientres sumidos y de las ojeras violáceas de los hombres flacuchos. Los fabricantes de quimeras, de preciosidades, de locuras y de mejoras, hemos sido

siempre de pocas chichas, La grasa de ustedes, los voluminosos, no sirve para nada: ni siquiera para engrasar la carroza de la civilización. Permítame usted que le recuerde que es usted un cretino.

—¿Me lo dice eso en serio?—bisbiseó él.

—Se lo aseguro de rodillas, con la boca llena de bilis y la mano ardorosa de homicidio. Usted se burla de mis compañeros, de mí, porque han aprendido en la vida muchas cosas tremendas y nobles, excepto jugar al pocker, domesticar números y cortar el cupón. Vale más ser feliz o desgraciado que ser gordo, a secas. El individuo grueso es frívolo, insustancial, y adora a la vida simbolizada en una amplia «chaise longue» o en un faisán bien condimentado. Es optimista, lo que quiere decir que no utiliza jamás los sesos, los que Dios le ha concedido para rabiarse, para hartarse de belleza, para sentirse divinamente enfermo, para sufrir en todos momentos y por todas las razones. Créame usted; únicamente los seres sin carne apenas, pálidos y taciturnos merecen el honoroso vilipendio de continuar con vida. El

sabio, el visionario, el artista, el creador; en suma, el que engendra y es útil y contribuye a amenizar este duro tormento glorioso de ir arrancando hojas al almanaque está siempre privado de panza. Ya lo han observado millares de críticos y de filántropos y de doctores; las secreciones gástricas actúan con gran éxito en la multiplicación y desarrollo del genio. Fíjese en los banquetes de alguna resonancia: cuanto más ilustre es el agasajado, menos arrobas pesa y más quebrada y macilenta es la color de su rostro nazareno. Los seres de excepción son seres de clínica. ¿Y va usted a imaginar por ello que estos escualidos son unos infelices a quienes les fué vedado gozar y desquitarse? ¡Oh, no señor! Ahí tiene usted al novelista X; se le fugó su hija con un tendero, y el pobre padre, quimificando su tragedia, escribió un libro que le ha dado lustre resonante y del que se han agotado ya varias ediciones. Ahí tiene usted al poeta CH; los poemas mejores que le salen del caletre los compone a fin de mes, cuando no puede pagar al casero, cuando su compañera le anuncia que las patatas han subido, cuando falta carbón, y vino y alubias. Ahí tiene usted al dramaturgo Z: es un espárrago amarillo, de pómulos salientes, de pecho deprimido, que tose cavernosamente y bosteza abrasado por diversas fiebres malignas. Pues gracias a todo ello le divierte a usted y le hace pasar el rato deliciosamente en su butaca, con esas obras suyas rebosantes de espiritualidad, de gracejo y de juvenil inspiración... Y, lo más notable, es que este homúnculo se divierte él mismo formidablemente mientras escribe sus comedias, y, después, en la Sociedad de Autores cobra a fin de mes cantidades muy dignas de todo respeto. Créame; hay hombrecillos que parecen montañas. Son frentes-proas ante las cuales no significan nada las tripas boyas...

—¿Y qué quiere usted probarme con todo esto?—preguntó el gordo.

—Deseo evidenciarle lo inútil y necio de su jactancia. Bienaventurados los entecos, porque de ellos ha ser el reino de la tierra y de las nubes. Húnda: e usted en su barriga. Yo me atenderé a mis alas. Y, ahora, señor mío, realice con todo sosiego su digestión. Yo me marcho a la calle, ágil, muy «peso pluma», en busca de los mil aperitivos que por cualquier parte me ha de servir esta encantadora camarera que los hombres delgados llamamos Inconformidad...

E. RAMÍREZ ANGEL



Dib.
CARACUL
Ginebra
(Suiza).

EN EL TEATRO

—Mira, Lili, allí en la orquesta, a los dos jovencitos que nos presentaron ayer.

—Sí, el que toca el violín es mallorquin.

—Y el canario... ¡flauta!

AL VENIR DEL CAMPO LOS VIAJES EN AUTOMÓVIL

«El mejor vehículo es el automóvil. El mejor automóvil es el Ford.»
Mister Ford.

Llegó el momento de abandonar el campo para sumergirse en esta manga de colar café, que es una gran ciudad, y llegó también el momento de que se nos invitase a volver a la ciudad en automóvil.

La proposición resultaba tentadora para quien, como yo, sólo ha viajado en «sleeping» y en carro de mano y acepté al punto. Me animaba a ello la seguridad absoluta en el *chauffeur*, pariente mío, persona de alta posición social y hombre prudente en el manejo del volante. Me animaba también la condición mecánica del auto, un *Fiat 501*, que lleva salvavidas, cronómetro, barómetro, estuche de manicura y máquina para hacer cigarrillos. Me animaba, finalmente, el hecho de haberseme quedado cortos unos zapatos que acababa de comprarme, porque como viajar en automóvil hace el pie pequeño, teniendo el pie pequeño me vendrían justos los zapatos. Todo, todo me animaba.

La marcha quedó, pues, decidida. Cuatro personas y un radioescucha componíamos la expedición. Eran estas personas mi primo, el conde Maximiliano de Portaceli, mi tío Polidoro Zubiaurrecha, el elegante alcalde de Quinto de Ebro, Sr. Ollite y un seguro servidor de ustedes, que les besa la mano. El radioescucha adjunto se llamaba Argesilao Troncoso y había visto las primeras luces en las costas de Bengala.

Se convino en que yo ocupase la banqueta de adelante, junto al conductor del *Fiat*, que—como el lector habrá adivinado—no era otro que mi primo, el conde Maximiliano. Todos coincidieron en que yo podía ser muy útil para la buena marcha del coche por mis amplios conocimientos en Teología. Y antes de partir ya me obligaron a que cantase un *Te Deum* y dirigiese cinco Rosarios y nueve Letanías completas para pedir al Altísimo que las ruedas no se desprendieran de los ejes ni se rompiese el volante ni se incendiase el motor.

Tras estudiar concienzudamente el trazado de la carretera en dos Guías inglesas y tres Guías alemanas, de las cuales las últimas eran las mejores por tratarse de unas Guías «a lo Kaiser», emprendimos el viaje provistos de intenso entusiasmo y de varias latas de conservas.

Mi primo en segundo grado y tres décimas, Maximiliano de Portaceli, hablaba de la bondad y potencia de su

coche y de su pericia en llevar el volante. Pronto me pude convencer de su destreza al observar que tomaba las curvas llevando el cigarrillo en la mano diestra y tratando de adivinar un rompecabezas de «palabras cruzadas» que había arrancado de una revista redactada en esperanto.

Soy hombre que ama el peligro. Me hallo ya un poco harto de esta ridiculez anémica que es la vida, por la cual aquella suicida actitud me conmovió menos que un tiro al blanco; pero cuando mis compañeros de viaje se enteraron de que mi primo tomaba las curvas como si se tomase un vermuth, se accidentaron y hubo necesidad de parar para volverles del desmayo con unas friegas de gasolina clarificada y disolución «Michelin» a partes iguales.

Proseguimos el rodaje y seis kilómetros más allá hubo precisión de detenerse a echar grasa; diez minutos después paramos a echar agua en el radiador; un cuarto de hora más tarde la detención obedeció a la falta de gasolina, luego a la nueva necesidad de aceite, en seguida a la falta de agua y a continuación a la falta de aceite. Cuatro kilómetros más adelante paramos a limpiar las bujías; seis más allá a echar agua; cinco después a echar aceite. Todos, hasta el radioescucha, íbamos pródigamente sucios, pero a las órdenes de Maximiliano, nos dedicábamos con furor extraño a comprar aceite y a hacerlo desaparecer en lo profundo del motor. Hubo momentos en que creímos agotar el aceite de toda la provincia de Zaragoza, porque ya los pueblos nos negaban el líquido necesario.

Maximiliano apremiaba:
—¡Más aceite! ¡Necesitamos más aceite!

El alcalde de Quinto tuvo una inspiración feliz.

—¡Allí!—grito.

Nos señaló un olivar. Todos corrimos allá y nos pusimos a abatir aceitunas y a estrujarlas en un sombrero. Después de dieciocho horas de aquella singular faena, logramos el aceite necesario para continuar.

Continuamos.

En el kilómetro 57 se pinchó un neumático; en el 58, dos; en el 59, el restante que quedaba sano. Fueron arreglados tras algunos esfuerzos que apenas duraron doce horas. En el kilómetro 68 se pincharon los cuatro neumáticos de una vez. Del ruido, el tío Polidoro quedó completamente sordo. Al radioescucha no le sucedió lo propio, porque no oyó nada.

Volvimos a componer las gomas y seguimos avanzando.

En el kilómetro 80 se fundió la magneto. Maximiliano sonrió triunfal ante nuestro terrible asombro:

—No os preocupéis—dijo—llevo una de recambio.

Le vitoreamos con entusiasmo enorme.

—Cuando se es precavido—añadió Maximiliano—los viajes en automóvil se hacen siempre sin molestias.

Asentimos y cambiamos la magneto.

Hasta el kilómetro 150 seguimos echando en el motor agua, aceite y gasolina en cantidades inconcebibles. El alcalde, mi tío Polidoro, Argesilao y el que firma estábamos un poco fatigados. Pero Maximiliano nos alentaba con su energía maravillosa. Sudábamos bastante.

En el kilómetro 156 se rompieron los frenos. Alguno sintió que las fuerzas le abandonaban. Tío Polidoro comenzó a llorar de pronto, incapaz de luchar contra el Destino, y nadie pudo conseguir que se calmase. Hacía falta agua en el motor y el alcalde de Quinto tuvo otra buena idea: la de que Polidoro llorase dentro del radiador del auto. Con lo cual se pudo seguir cubriendo la ruta.

De pronto, un nuevo chasquido. Maximiliano lanzó un grito ronco.

—¡La magneto!—se le oyó decir.

Comprendimos que también la magneto de recambio se había fundido y que por lo tanto era imposible continuar el viaje.

Pero aún el alcalde de Quinto dió una nueva prueba de su ingenio.

—Empujemos el auto hasta esa pendiente y podremos llegar cuesta abajo al próximo pueblo.

—Es lo mejor.

Y empujamos el auto. Ya no pudimos subir a él; al llegar a la pendiente echó a rodar con una rapidez de cablegrama. Corrimos desesperadamente, mas fué inútil, porque no tardó en desaparecer tras una nube de polvo.

—¡Adiós! ¡Adiós!—gritamos, ya vencidos por las circunstancias—¡Adiós!

El auto, con la alegría de la libertad, no se dignó contestarnos.

Según despachos recibidos en la Almunia de doña Godina, el auto ha pasado a las tres de la tarde por Calatayud y a las cuatro por Ariza; creemos que a las seis estará en Guadalajara y a las seis y media en Madrid.

El tío Polidoro opina que tal vez continúe su marcha hacia el Norte.

Telegrafiaré.

ENRIQUE JARDIEL PONCELA

(Sentado en el kilómetro 276 de la carretera a Zaragoza.)

ANUNCIOS RECOMENDADÍSIMOS

HAY QUE LEER UN RENGLÓN SÍ Y EL OTRO TAMBIÉN

Vendo un piano que no da el *sol*. Utilísimo, por tanto, para i.º sofocarse en verano. Precio realmente ridículo. Marqués de Toca (lo contrario del pianito), núm. 165. No habléis con el portero, que es un bestia.

CERA VIRGEN

La única cera honrada.

La única decente.

La única que no tiene que avergonzarse de nada.

La única que deben adoptar las familias honestas.

ES MENTIRA ESO DE QUE NO HAY MÁS CERA QUE LA QUE ARDE

¡NO HAY MÁS CERA QUE ESTA!

Nuestra afirmación es sincera porque la hacemos con esta cera.

Depósito: Ceres, 60, Acera derecha.

Pérdida de un perro dogo que atiende por *Kant*, es decir, que se le llama *Kant* y no se ofende como otros compañeros, que prefieren que se les llame perros creyendo erróneamente que así se les insulta menos. El dogo que digo es dócil, inofensivo y al ladrar se le nota una ligera afonía adquirida este año en una playa del Cantábrico. Gratificaré espléndidamente al que me lo traiga a la calle de Gato, 16, que es la calle del perro cuya pérdida lamento.

El licenciado Tomás Cubillo vende en su farmacia de la calle del Amparo, 86, sus dos específicos de fama universal: el *callicida Cubillo* y el *purgante Tomás*. Si tiene usted callos en los pies, desaparecen totalmente

con el primero. Pero si los callos los tiene usted en el estómago, no hay nada como el segundo para hacerlos desaparecer. ¡Es que no queda ni uno! El alivio es notable, en ambos casos, a las dos tomas de *Cubillo* y a las dos tomas de *Tomás*. Precio, 2 pesetas, y muy agradecido.

FRUTERIA DE PASCASIO

OLMO, 75

GRANDES EXISTENCIAS

Los espárragos de esta casa, si se les llamase "Pericos" se cometería una injusticia, porque son más buenos que el pan.

Las peras ofrecen la particularidad de que son las únicas que se le pueden pedir al olmo o al Olmo, 75, frutería, si lo queremos decir mejor.

Exquisitos melones, tan exquisitos, que conocemos a un catedrático de la Universidad que los aprueba... y a cala y viceversa.

Melocotones así de gordos. Ciruelas que están diciendo comedme y otras mil frutas, que si no lo dicen, lo piensan.

Precios absurdos. Peso neto. Honradez acrisolada. Dulzura en el trato con el parroquiano, etc., etc., etc...

Joven honesta entraría en casa de corredor de comercio, si éste la garantizase que no iba a correr detrás de ella. Sabe labores, algo de cocina y todo el cuplé del *padrenuestro*.—Avisos, lista de Correos, atropello de automóvil, núm. 1.503.629.

Domínguez, anticuario, ofrece a sus distinguidos clientes sus últimas adquisiciones: un cuadro que representa a Carlos III, que está parecidísimo; otro, que es un retrato de Calomarde, también de un parecido sorprendente; una pintura de Doña Juana la Loca, que está hablando, aunque, dado su estado, conviene no hacer gran caso de lo que diga; otro retrato de Napoleón, que es él completamente, tan propio está, y un cuadro que representa a Nuestro Señor Jesucristo, que está clavado. Garantizo el parecido de todos los cuadros y su mérito inenarrable. En todo el mundo no hay nada parecido. Esto sí, y perdonen que insista Domínguez. Horas de discusión y venta, de ocho a doce. Caballero de relativa Gracia, 92.

LOCIÓN CAPILAR CAPICÚA

La mejor para el pelo.

Crece como la espuma.

Hay tres tipos de loción, según la fuerza del cabello: Loción primera, loción segunda y loción tercera.

Se aprende en seguida.

Se dan lociones a domicilio.

Cada fraseo lleva la firma de un amigo del inventor, pues el inventor no sabe firmar a pesar de haber dado a estas fechas más de nueve mil lociones a personas que parecían más listas que él.

El frasco para el pelo, sólo vale una «PELA»

El matamoscas *Paco Púm* es el más eficaz. No deja ni una sola mosca de las que usted tenga en su habitación al usarlo. Lo malo es que luego entran otras y se disgusta uno por haber perdido el tiempo para nada. De todos modos, paquete seis reales, por si hay alguno que pica, además de las moscas.

— Agente anunciador: **NESTOR O. LOPE**

PULMONIA LIBERTADORA

Todas las mañanas, al filo de las diez, el probo funcionario don Romualdo Garci-Pérez, jefe de Negociado de tercera clase, con sueldo anual de seis mil pesetas sujetas a descuento, hacía su aparición en la oficina, cuando aun el ordenanza no había terminado la parodia de la limpieza hecha con desplumado plumero, e invariablemente dirigía una mirada de inspección al despacho desierto, suspiraba con aire resignado y solía decir:

—¡Siempre el primero; pero estos chicos!... Los chicos a que aludía don Romualdo, no eran otros que Gámez, Gómez, González y Gutiérrez, empleados haraganes y despreocupados, que durante su permanencia en la oficina, a la que llegaban siempre retrasados, discutían a gritos, referían historias galantes y, a falta de revisar expedientes revisaban vidas ajenas mientras el jefe tenía que redactar las minutas y poner las Reales órdenes, a fin de que la máquina administrativa no sufriera atasco en el Negociado confiado a su dirección.

Pequeñito, enjuto de carnes y de rostro apacible, adornado por ralo bigote, el bueno de don Romualdo pasaba por la vida inadvertido por las gentes, sin otra preocupación que la de atender a las necesidades de su casa y cumplir con sus deberes de funcionario. Y era el caso que, siendo esclavo de estos deberes, nadie reconocía las virtudes que atesoraba aquel hombre todo rectitud y laboriosidad, pues si en la oficina los subordinados hacían caso omiso de su autoridad, en su casa—hogar compuesto de mujer y seis hijos—todo andaba descuidado y revuelto; la esposa ejercía el imperio de los gritos y los vástagos, por no

ser menos que su progenitora, no se quedaban a la zaga en la tarea de alborotar como endemoniados, convirtiendo la casa en una verdadera sucursal del infierno.

Algunas veces, don Romualdo, en un arranque de energía, intentaba hacer valer sus derechos de jefe de familia; pero tenía que batirse en retirada ante su esposa que le decía inflamada en cólera:

—¡Aquí tú, no pintas nada; sólo debes preocuparte de traer dinero a casa!

Y este despótico mandato constituía la constante obsesión de don Romualdo, que se refugiaba en la tramitación de expedientes buscando en el trabajo la resolución del íntimo drama familiar. Aprovechando las horas de oficina, el hombre dedicábase también, valido de sus conocimientos del latín y el griego, a traducir viejos textos facilitados por editores que, en pago a su trabajo, le proporcionaban algunas pesetas mensuales; pero todos los esfuerzos resultaban inútiles para hacer frente a las necesidades de la vida y al desarreglo de su hogar, aunque se hubiera suprimido por superfluo el gasto del tabaco y el café, como refinamiento de sibaritismo.

En cuanto a indumentaria, el último modelo de moda masculina, de cualquier bazar modesto, hubiera resultado dechado de elegancia al lado de don Romualdo que ostentaba siempre absurdo traje, en el que se destacaban siempre con singular relieve flamantes manchas.

Menos mal que, a tantos males, respondía el sano humorismo de don Romualdo, que sentía bullir en lo íntimo de su ser el espíritu ático de Juvenal y, así, para cada vicisitud que le salía al

paso, tenía una sonrisa de desdén y un pintoresco comentario.

—Todas estas miserias—decía—no pueden alcanzar a un espíritu superior como el mío.

Y con gesto olímpico seguía el curso de su vida, seguro de que algún día podría demostrar al mundo la superioridad de su espíritu.

Hasta que el ansiado día llegó al fin para don Romualdo que, al entrar en su casa, de regreso de la oficina, sintió en el costado izquierdo aguda punzada, mientras que un calofrío recorría su cuerpo y ponía temblores en sus miembros.

Inapetente, febril y dolorido, se refugió en la cama, mientras que en la familia se producía el consiguiente sobresalto. La mujer salió de casa y volvió al poco rato acompañada del médico, quien examinó al enfermo, frunció el ceño y diagnosticó con tono solemne:

—El caso es grave. La pulmonía es inminente.

Y tras de recetar y de recomendar los cuidados a que habría de someterse el paciente, abandonó la habitación. El rostro del enfermo se iluminó de alegría; luego llamó a su mujer y exclamó:

—¿Es cierto, cómo ha dicho el doctor, que tengo una pulmonía?

—Sí, hombre, sí; por eso es necesario que te cuides, que tomes sin protestar todo lo que te ha recetado, para que sigas siendo el sostén de la casa...

—¡No; eso nunca! ¿Seguir siendo yo el animal de carga, la víctima de vuestras exigencias y esclavo de todos? ¡Jamás! Esta pulmonía me pertenece; es mía, exclusivamente mía, y esto sí que no habrá quien me lo discuta. Vete, vete por las medicinas, que yo sé lo que debo hacer.

Salió la mujer a cumplir el encargo del médico. Rápido don Romualdo, salió de la cama y se lanzó a la calle; penetró en un café inmediato, tomó un vermouth, pidió un «entrecot» con patatas que devoró con ansia; luego saboreó un vaso de café, se fumó un puro que le trajo el camarero, abonó el gasto hecho y con paso inseguro pero radiante de felicidad, regresó a su domicilio y se reintegró al lecho...

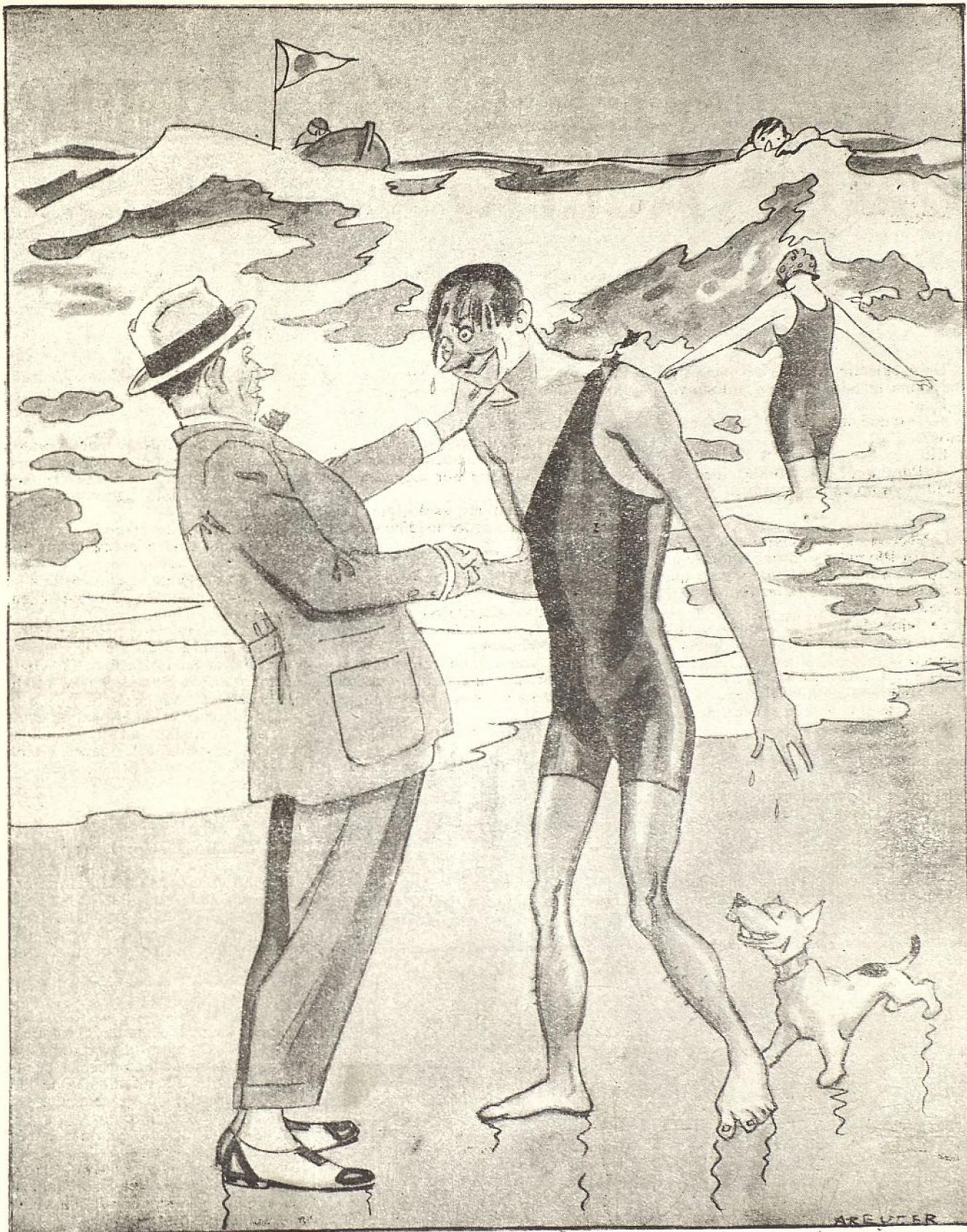
Y aquella misma madrugada el bueno de don Romualdo se quedó dormido para no despertar, con inefable expresión de serenidad reflejada en el semblante y una dulce sonrisa de gratitud en los labios, hacia aquella inesperada pulmonía libertadora que de tan radical manera había resuelto el arduo problema, que durante treinta años le amargara la vida ..



Dib. SERNY.—Madrid.

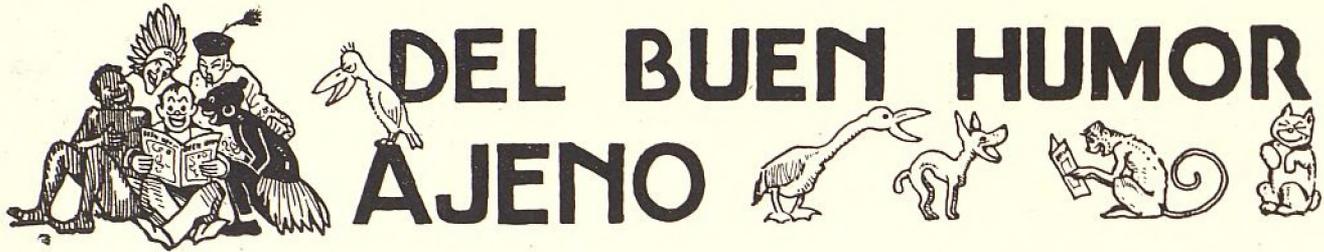
—¡Amal ¿Por qué le enseñas a andar al niño, si tenemos auto?

J. CARMONA VICTORIO



—¡Tú siempre tan perezoso! ¡Sin escribirme!
—¡Chico, se me perdieron tus señas!...
—¡Haberme puesto dos letras preguntándomelas!

Dib. ARUGARR.—Madrid.



DEL BUEN HUMOR AJENO

HISTORIAS DE VERANEIO

RECOGIDAS POR LEÓN TREICH

Un pueblecito a orillas del mar. A un lado, una iglesia. Para un automóvil.

Ella:

—¿Por qué no preguntas dónde estamos?

El:

—¿Para qué? Dentro de cinco segundos ya no vamos a estar...

La escena pasa en una playa belga. El señor Plompke se dirige a tomar un baño. Va a buscar al bañero para que le dé una lección de natación.

Salen.

Ya lejos de tierra, Plompke quiere dar algunas instrucciones al bañero; comienza:

—La... d... d... ducha...

—Comprendido, dice el otro.

Y le mete al cliente la cabeza debajo del agua.

—¡Plou!... ou... tuff. . la... d... d... ducha...

—¿Otra?

El bañero, concienzudamente, sumerge a Plompke, que se debate en vano.

—¡Ahha!... bur... pfeu... craa... la... d... d... la... ducha...

—Es un intrépido, piensa el bañero.

Y por tercera vez, enérgicamente, hunde bajo el agua la cabeza de su

cliente, para que no quede descontento, y lo sujeta durante medio minuto.

Cuando Plompke sale, está congestionado. Los ojos exorbitados, rojo, medio asfixiado, jadeante... Por fin, cuando toma aliento, haciendo un esfuerzo sobrehumano por articular la frase, dice:

—La d... ducha me está rigurosamente prohibida por los médicos...

El duque de Devería pasaba unos días en Cabourg. A los pocos días de conocer a cierta señorita, recibió de ella una carta en la que decía necesitar urgentemente 500 luisas.

El duque, como hombre galante y generoso, envía a su amiguita un cheque de 50 luisas y estas líneas:

«Ma chérie:

Te envío con gran placer los cincuenta luisas que me pides. Me permito hacerte notar que 50 no se escribe más que con un cero. D.»

De los «Pensamientos salvajes», de Laurence:

«El paisaje en auto; es el que se ve cuando se apea uno para...»

Una caravana de turistas, enviada por una agencia, recorre Italia a toda

prisa. Visitan Turín, Milán, Venecia, Florencia, Pisa, Roma y Nápoles en seis días. El itinerario está minuciosamente ordenado.

Los viajeros no descansan, con los ojos cargados de contemplar tanta maravilla, cuyas visiones se superponen en el cerebro hasta hacer imposible todo recuerdo.

Acaban de visitar una vieja ciudad. La caravana vuelve precipitadamente al tren, y parte súbita.

—Mamá, pregunta una jovencita a su madre ¿qué ciudad es esta que acabamos de ver?

La madre consulta el programa:

—Mira, martes a las 8 h. 42, llegada a Venecia; de 8 h. 51 a 9 h. 12, visita al palacio de los Dux; de 9 h. 23 a 10 h. 15, paseo en Góndola; de 10 h. 24 a 10 h. 55, desayuno; a las 11, salida para Pisa; a 11 h. 6, visita a la torre inclinada, etc... estamos a... jueves y son las... 14 h. 17... ¡aquí está! Lo que acabas de ver es Roma.

De Alejandro Dumas, padre:

«Antiguamente, los hosteleros se asociaban con los salteadores de caminos, pero iban a medias en las utilidades, lo cual era desagradable. Hoy, que no hay salteadores de caminos, los hosteleros hacen los negocios ellos solos.»

Al cabo de una semana de estancia en una de las playas más próximas a París, un cliente se hizo traer la cuenta y, habituado a las fantasías de los cajeros de hotel, leyó atentamente.

Vinos .. 150 francos.

En ninguna de sus comidas había bebido más que agua.

Llama al gerente y señala el error. El gerente se excusa, muy confuso, se lleva el papel y vuelve con él, a los cinco minutos, rectificado.

«Agua... 150 francos.»

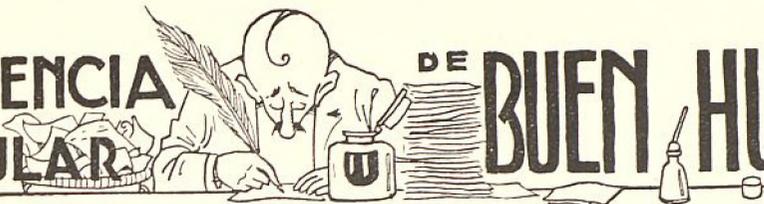


LA ARTISTA.—*Muchas gracias, caballero; por lo visto se ha encontrado el alfiler que perdí ayer.*

(De The Humorist, Londres.)

A. R. H.

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR DE BUEN HUMOR



No se devuelven los originales ni se mantiene otra correspondencia que la de esta sección.

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:

BUEN HUMOR
Apartado 12.142
MADRID

P. G. S. Madrid—Esa cosa pestilente que dice usted de los bolcheviques, la dice porque esos señores están muy lejos. Pero nos jugamos la córnea transparente a que no lo replete usted en Moscov, ni siquiera en Varsovia que pilla bastante distante todavía. ¡Los valientes como usted no son los hombres que aquí soñamos!

Lopito. Madrid—El cuento que nos envía es viejo y no venerable

Si queréis estar muy majas, leer esto, os interesa, no existen corsés ni fajas, como los de Casa Presa.

Sostén pechos "Ideal"
Puencarral, 72. Tel. 48-00 M.

Excusado (y usted perdone) es decir que le hemos menospreciado olímpicamente.

Fanny. Barcelona—Señorita: nos dolía mucho romper sus cuartillas, pero a pesar de las punzadas que nos daba el dolor, no hemos tenido más remedio que hacerlo.

J. P. de los C. Laguna de Tenebrife—No se permite hacer aguas.

J. G. Marcuello. Lugo—Ninguno de los dos artículos con que nos ha distinguido usted, son merecedores de la inmortalidad que proporciona nuestra elegante publicación a todos los que tienen el estrepitoso honor de colaborar en ella.

Cesáreo Alonso

Ortopédico del Hospital Militar y del Instituto Rubio.

Talleres propios. Precios económicos.

Fuencarral, 104. Tel. 405 J.

H. M. G. Madrid—Título de su artículo: ¿Hay permiso?...

Contestación nuestra: ¡Hay narices!...

Popea. Madrid—¡Qué bonito!...

«Serrana, serrana,

¿te casas conmigo?

—no me dá la gana,

mi querido amigo.

—¿Es que no te gusto

o es que me desprecias?

—¿De oírte me asusto

decir cosas necias!...»

Exactamente lo mismo nos pasa a nosotros: hemos quedado aterrados de la necesidad... ¡Que usted lo pase bien!

Jaspi. Madrid—Sus tres dibujos enviados el día 2, no sirven y lo lamentamos, aunque desde luego usted lo lamentará mucho más.

Si el gran Licor del Polo siempre a mano se tiene, resultará completa de la boca la higiene.

J. F. C. Valderas—Eso es más tonto que la consabida mata de habas.

G. Tugones. Barcelona—No están del todo mal sus dibujillos. Insista con otras cosas, a ver si acertamos, pues aunque estos pueden pasar, es mejor que no pasen. Los grandes éxitos nacen de las primeras contrariedades. Se adquiere un prurito de luchar que es convenientísimo para el artista. ¿Estamos de acuerdo? ¡Pues, hasta que nos volvamos a ver!

P. N. de las H. Madrid—Por desgracia, no sirve.

Juanito Dickens. Madrid—Queda aceptado su artículo. Si le pare-

AMADOR

FOTÓGRAFO
PUERTA DEL SOL, 13

ce que no es una locura enviarnos su firma para ponérsela al pie, hágalo en cuanto tenga un rato disponible y, entretanto, ingiera alegremente su parte de cena apostada y hasta brinde a nuestra egregia salud si le dá la gana y se acuerda, al llegar los postres.

A. L. de G. San Sebastián—Aquí no publicamos sonetos sueltos (ni atados). Se acaban en seguida, como usted sabe, y eso no puede ser. ¡Es una droga que, ni aun con estrambote, resulten de un tamaño ni medio decente, pero qué lo vamos a hacer!

DANDY LA MEJOR CREMA PARA EL CALZADO—
MANUEL FERNÁNDEZ
Carrera de San Jerónimo, 14.
(LIMPIABOTAS)

A. D. C. Huelva—Eso de *La realidad de la pesadilla* es más serio que los bigotes de un guardia civil. ¡Rediez con la alegría andaluza!

Reaño—Es asaz sencillito su *Canto a la viudez*. Eso, allá por el año 1894, nos hubiese gustado mucho a todos. Pero en la época del jazz-band, del radiófono y del comunismo, resulta un poco *frappé*. ¿No le parece?

Honorato Tocado—¡Catastrófico!

Juan Carbonell—Vamos a publicar por lo menos uno de sus forzudos trabajos, aunque los dos se lo merecían todo.

Allá va eso:

¡Mi bien, niña hermosa
de los ojos de fuego,
de tez sonrosada,
sedoso cabello!
¿Por qué, bella niña,
yo tanto te quiero?
¿Por qué tu mirada
taladra mi pecho,
si pagas con burlas
mi amante desvelo?
¡En tí, niña, busco
la dicha del cielo,
y encuentro tan sólo
agudo tormento!
¡El ilanto me ahoga!
¡Me matan los celos!...
¿Por qué aborrecerte?
¡Ay, niña! ¡No puedo!

Y bien. ¿Y eso para qué se lo cuenta usted a los lectores de BUEN

ALBERTO RUIZ

JOYERÍA.—CARRETAS, 7
Pulseras de pedida.

A la presentación de este anuncio, se descuenta el 10 por 100.

Humor? ¿No comprende usted que ni ellos ni nosotros podemos hacer nada con esa niña que tan miserablemente se porta con usted?... ¡Si siquiera la conociésemos, podríamos intentar algo... ¿Por qué no se anima usted y nos la presenta?...

R. S. M. Granada—Algo burdo, y no es por ofender sino porque es verdad.

A. Arruti. San Sebastián—No nos conviene su *Café económico*, a pesar de lo económico que resulta.

Citroën. Fuenterrabía—A nosotros no nos da usted con *fromage*. Usted es un guasón que quiere que le faltemos el respeto en la Correspondencia muy particular. ¡Y no nos da la gana, ea!

Lino Gil. Madrid—Mal, mal, mal, lo que se dice mal, no está su trabajo. Pero bien, bien, bien, lo que se dice bien, tampoco lo está.

M. Jordá. Madrid—Al final de su artículo nos autoriza usted para enmendar lo que no nos guste de él. Pero el triste caso es que no nos gusta, absolutamente nada. ¡Usted oírá qué hacemos!

R. V. G. Vigo—Es de una inocencia demasiado paradisíaca.

J. M. D. Barcelona—Larguísimo y menos interesante que la conversación de un sordomudo con un ciego.

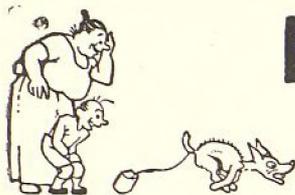
A. Cozar. Barcelona—Le publicaremos un chistecillo para que no diga. Y no le publicaremos los versos para que no diga el público, ¡que sí que diría cosas, si nos atreviésemos a tamaño desafuero!...

CUPÓN

correspondiente al núm. 198 de

BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.



EL BUEN HUMOR DEL PUBLICO



Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes.»

Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

El premio del número anterior ha correspondido al siguiente chiste:

Dos perros, uno blanco y otro negro, sostienen una pelea; el blanco, más fuerte que el negro, muerde a éste, pero el negro en un descuido hiere al blanco.

—¿Cuál de los dos perros puede decir que ha vencido?

—Ninguno, porque los perros no hablan.

Antonio Gumiel.—Ciudad Real.

Examen de Historia.

—¿Qué nos dice usted de la vida de Napoleón?

—De eso, ni una palabra.

—¿...?

—No me gusta meterme en vidas ajenas.

Una morena.—Valladolid.

Entre amigos.

—¿Sabes quiénes son los mejores toreros?

—¿...?

—Los marcadores de imprenta, porque en el trance más apurado dan un gran pase.

Cicelande

Entre amigos.

—Adiós, Pepe, ¿y tu hermano? ¿Sigue con la manía de cantar?

—Sí, hombre, está hecho un Flea; ahora canta por la Radio.

—¡Hombre, me extraña!

—¿Por qué?

—Porque siempre ha cantado por la boca.

Rufo García Sáiz.
Madrid.

Chascarrillo.

Estó ocurría en un pueblo de Rioja.

En Rioja existía la costumbre, en días de Carnaval, de usar, como predilecta diversión, los aperos de labranza, con los cuales representaban un arado, que era arrastrado por dos machos (que les representaban dos personas, si se les podía llamar) y llevaban los ramales ata-

dos al cuello y de éstos tiraba a placer el que hacía de labrador.

Un año al señor alcalde no le pareció bien esto y lo prohibió. Algunos obedecieron, pero otros, por fanfarrones, no les pareció bien el respetar las órdenes municipales y se lanzaron a la calle como en años anteriores. No transcurrió mucho tiempo sin que una Autoridad del pueblo los advirtiese y dirigiéndose a los de delante les dijo:

—¿No saben ustedes que esto está prohibido?

A lo que uno de ellos le contestó: —Nosotros semos los machos, pregúnteselo usted al que tira.

Vagardicillosa de Logroño.

En una fábrica de muñecos.

El encargado. —Estos son los modelos: el moro, el chino, el indio, etcétera., y en cada sección confeccionamos un modelo.

El visitante. —¿Y en esta sección, qué hacen ustedes?

El encargado. —Aquí hacemos «el indio».

Odelot.—Madrid.

—¿A qué oficio pertenecen los aprendices más solícitos y más trabajadores?

—Al de peluqueros, porque les dice el maestro: —Chico, trae-la bacía y siempre la llevan llena.

Mariano San José.—Madrid.

Entre dos señoritas «bien» en un restaurante.

—¿A que no sabes—dice una—

cuál es lo que más me gusta de todo esto? (Leyendo el menú.) ¡La Paella!

—¿Cómo, te gusta el arroz?

—¡Con delirio!

—Pues yo no lo pruebo, porque el otro día dijo el doctor que al que come arroz se le llena la boca de granos.

Fernando Peña.—Madrid.

Se representaba en un teatro una comedia en la que uno de los personajes pide prestada a un amigo una fuerte cantidad de pesetas que en seguida pierde en una jugada de ruleta, y no pudiendo pagar dicha cantidad en la fecha fijada, decide el buen hombre darse un tiro, pero en el mismo instante en que va a llevar a cabo su fatal propósito, un opulento banquero, que desde una de las primeras filas de butacas presenciaba la representación y, por lo tanto, el mal rato que pasaba el pobre muchacho, se levanta, y arrojando al escenario su cartera, repleta de billetes, dice en voz alta: —Por dinero no lo hagas, hombre; toma y paga lo que debes, pero, ¡caramba!, no te mates.

Carmencita Montero.
Madrid.



En cierta ocasión, un individuo que tenía los pies deformes de nacimiento, se fué a bañar, y al salir, echando de menos los zapatos, exclamó:

—¡Virgen de los Milagros... lo único que te pido es que le sirvan a quien me los ha robado!

Raulete.

Santo Domingo.

(República Dominicana).

En una conferencia telefónica.

—Oiga, Central; póngame con D. José García Briones.

—Está cortada la comunicación.

—Lo siento mucho, porque quería verle.

Cura y Morales.—Melilla.

En el Banco.

Cierto paleta iba entregando sus ahorros en la cuenta corriente de un Banco hasta que un día quiso saber el total de la cantidad que tenía. Le entregaron el balance y vio que ponía: *DEBE* a un lado y *HABER* a otro y exclamó:

—¿Cómo que *debe haber*? ¡Es que tiene que haber!

Mendicuti.—Santofña.

Entre amigos.

—Oye, chico, me acaban de decir que a tu primo Juan le han rechazado los cuadros en la exposición porque dicen que están hechos con los pies.

—Y tienen razón, porque desde que se dedica al fútbol todo lo hace a patadas.

Francisco Quintana.
Castellón.

Entre señora y pintor.

Ella.—El retrato que usted me ha hecho ha llamado mucho la atención de todo el mundo. Es usted un gran pintor.

El.—¡Oh, señora! Me confunde usted; yo no soy más que un pobre pintamonas.

José L. Peroz.—Segovia.

Un paleta se encuentra un duro en la Puerta del Sol y lo examina contento. Pero un «vivo» que ha presenciado la escena, le increpa rápido:

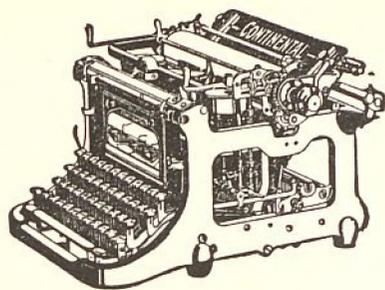
—¡Oiga, mi amigo, deje usted en seguida ese duro en su sitio, que es mío y lo he puesto a secar!...

Sor.—Madrid.

ARTES DE LA ILUSTRACIÓN

Provisiones, 12.

La máquina de escribir CONTINENTAL es la predilecta.



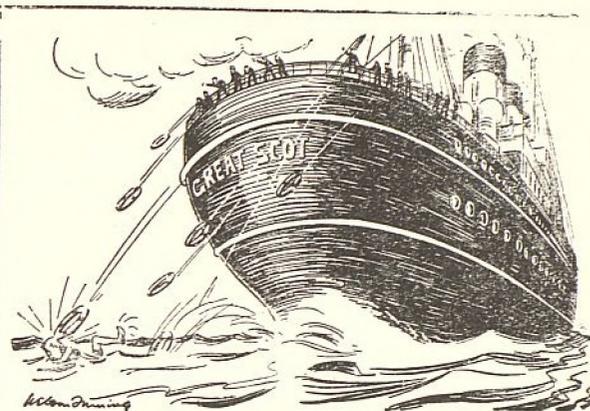
Pídanla a prueba a los concesionarios de España, Portugal y Marruecos.

ORBIS, (S. R.)

MADRID.-Hortaleza, 17. Tel. 44-58 M.
 BARCELONA.-Clarís, 5.
 VALENCIA.-Mar, 8.
 BILBAO.-Ledesma, 18.
 PALMA DE MALLORCA.-Quiat, 7.
 SEVILLA.-Rivero, 7.
 TOLEDO.-Comercio, 14.

Procedentes de cambios por la sin par máquina de escribir CONTINENTAL, se venden máquinas de ocasión de todos los sistemas, en buenas condiciones.

ALQUILER DE MÁQUINAS :: ACCESORIOS PARA TODOS LOS SISTEMAS



La víctima de buenas intenciones.—;Eh, eh! ¡Que estoy atravesando el canal a nado!

(De London Opinion, Londres).

VELLO

DESAPARECE
 INMEDIATAMENTE
 CON EL

**DEPILATORIO
 GVIDOR**

INOFENSIVO E INODORO

Estuche, 6 pesetas

PIES

AGILES Y JUVENILES
 PROPORCIONA
 EL

**PÉDILUVE
 GVIDOR**

SALES MINERALES PERFUMADAS

Estuche, 3,75 pesetas

EN PERFUMERÍAS Y DROGUERÍAS

Concesionario: PEDRO SUÑER.—Sicilia, 29. BARCELONA

LOS

FAMOSOS

POLVOS INSECTICIDAS

DE

LEYER Y COMPAÑIA

SON

Infalibles para la destrucción de
 toda clase de insectos.

PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE

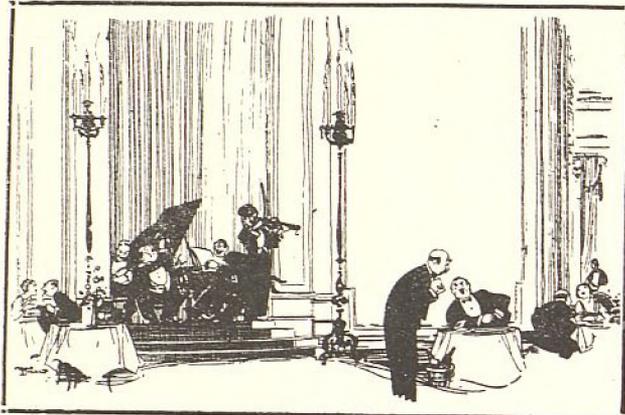
VIUDA DE CELESTINO SOLANO

Primera marca mundial

LOGROÑO

BUEN HUMOR se vende en Bogotá (Colombia) en la Librería Médica, 9. Edificio:

_____ Hernández 9, _____



El propietario.—A nuestro violinista le han ofrecido trescientas libras por su violín.

El huésped.—Yo no puedo dar tanto, pero sí daría cinco libras por que dejara de tocar ahora.

(De The Passing Show, Londres.)

EL VELLO

al ser tratado por depilatorios, se vigoriza y vuelve a salir con más fuerza. Disimule usted el vello dándole un color que lo confunda con la piel: use para esto la famosa sustancia de manzanilla.



Camomille Intea

PARIS y BERLIN
Gran premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y exijan siempre esta
marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

Tintura Winter Basta una sola aplicación para que desaparezcan las canas. Sirve para el cabello, barba o bigote. Da matices perfectamente naturales e inalterables. Pídanla negro, castaño oscuro, castaño natural, castaño claro, rubio. Es la mejor, más práctica y más económica.

Angelical Cutis LÍQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo, da al cutis blancura fija y finura envidiables, sin necesidad de emplear polvos. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (rojeces, manchas, rostros grasientos, etc.), dando al cutis belleza, distinción y delicado perfume.

Pelífero Belleza Vigoriza el cabello y le hace renacer a los calvos, por rebelde que sea la calvicie.

Loción Belleza Con perfume de frescas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre para rejuvenecer su cutis. Recobran los rostros marchitos o envejecidos lozanía y juventud. Especialmente preparada y de gran



poder reconocido para hacer desaparecer las arrugas, granos, barros, asperezas, etc. Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

Almendrolina Belleza CREMA ALMENDROLINA. Es la reina de las cremas. Complace a la persona más exigente. Rejuvenece, embellece y conserva el rostro, y, en general, todo el cutis de manera admirable. En seguida de usarla se notan sus beneficiosos resultados, obteniendo el cutis gran finura, hermosura y juventud.

La CREMA ALMENDROLINA, marca BELLEZA, garantizamos estar exenta de grasas y demás sustancias que puedan perjudicar al cutis. Reúne las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Preparada a base de finísima pasta de almendras y jugo de rosas. Delicioso perfume.

ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS

A base de nogal. Bastan unas gotas durante seis días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues, sin tenerlos, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los herpéticos. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España, América y Portugal.—DEPOSITARIOS: en Buenos Aires, D. Luis Badía, calle Bernardo Irigoyen, 263. En Habana, D. Enrique Tayá, calle Dragones, 92. Teléfono A-3186. En Panamá, D. Pedro Pujolás, farmacia Española.

Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)



CREMA

LIDA

RECONSTITUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID

BUEN HUMOR



DEL RÍO. // 25.

Dib. DEL RÍO.—Barcelona.

—¡No hay derecho, hombre; esto es un mamarracho! No tiene ni pies ni cabeza.

Ayuntamiento de Madrid